

SOBRE LA “TRADUCCIÓN HERMENÉUTICA” DE *SER Y TIEMPO*, DE JORGE EDUARDO RIVERA

RE “Poéticamente habita el hombre sobre la Tierra”. Este verso de Hölderlin es clave para entender el pensamiento de Martin Heidegger, y ello no únicamente en función de su concepción del lenguaje como “la casa del ser”, como tampoco únicamente porque conciba al pensar como “pensar poético” y a la vez un “poetizar pensante”, sino ante todo porque corresponde a su visión del hombre y el sentido de su existencia; más aún, cabría agregar que en ese verso se cifra lo que significa el reconocimiento de que su pensamiento es la expresión de una “ética originaria”, entendida ésta como una ética en la que está en juego el “habitar” (el *ethos*) del hombre sobre la Tierra, con los mortales, bajo el cielo y de cara a los divinos.

El hombre habita así nombrando el ser de las cosas, tarea que (por destino) le ha sido especialmente encomendada a los poetas; son ellos los que propiamente fundan el ser con su palabra que “es el más inocente, pero a la vez el más peligroso de todos los bienes” (Hölderlin). El poeta es así también, en el más elevado sentido, el mensajero de los divinos a los mortales.

“El lenguaje es la casa del ser”, “Poéticamente habita el hombre sobre la Tierra”, “No hay cosa alguna donde se quiebra la palabra” (Georg Trakl), diría que todo ello se manifiesta nítidamente en la vivencia amorosa. Roland Barthes, otro explorador de la relación entre ser y lenguaje, muestra como le ocurre en especial al enamorado tener alojado su ser en el lenguaje, y cita en este contexto aquellos versos de Safo: “...porque en cuanto te diviso un instante, no me es posible articular una palabra: sino que mi lengua se desgaja, y, bajo mi piel, súbitamente se insinúa un fuego sutil: mis ojos están sin mirada, mis oídos zumban, el sudor rocía mi cuerpo, un escalofrío me sobrecoge toda; me vuelvo más verde que la hierba, y, poco falta, me siento morir”.

Traducir a Heidegger, vale decir, a un pensador que él mismo ha desarrollado un pensamiento en torno al lenguaje de los más lúcidos y audaces, es por ello una tarea titánica. El dicho italiano todos los conocemos “traduttore, traditore” y caer bajo ese apotegma es un riesgo que corre en particular todo traductor de Heidegger. Respecto de él se han cometido errores de no poca monta. Por ejemplo, en relación a la concepción del lenguaje como casa del ser, leemos en la *Carta sobre el “humanismo”*: “Das Denken baut am Haus des Seins”, “El pensar construye en la casa del ser”, lo que ha sido traducido por Juan David García Bacca como “El pensar construye la casa del ser”.

Hablar de la traducción de *Ser y Tiempo* emprendida durante algo así como tres decenios por Jorge Eduardo Rivera es para mí especialmente significativo, porque fue precisamente él quien me hizo ver, a través de una larga conversación a comienzos de los setenta, la trascendencia de incalculables proporciones del pensamiento heideggeriano. Ello sucedió en el “Fundo Molco”, situado en los alrededores de Valdivia, en una ocasión en la que estaban, entre otros, Jorge Millas, Juan de Dios Vial L., Joaquín Barceló y Manuel Atria. Era una soleada tarde primaveral, y en algún momento salimos, Jorge Eduardo y yo, a caminar por el campo. De pronto, él comenzó a hablar de la “Lichtung” (que el propio Rivera traduce como ‘claridad’)... y hoy, pasado mucho tiempo desde entonces, puedo decir que para mí comenzó también a aclararse mi propio camino filosófico.

Un par de años antes de aquel encuentro decisivo para mí, había leído ya por primera vez *Ser y Tiempo* en la traducción del español José Gaos. Pasó entonces algo raro: quedé fascinado con un presentimiento de que ahí había algo grande, pero al mismo tiempo, no entendí nada, lo que creo se debió en buena medida a la traducción.

Si hubiéramos de medir en términos puramente cuantitativos el trabajo de traducción de Rivera, tendríamos que decir que para traducir alrededor de 400 páginas en casi 30 años, significa esto que ha traducido algo así como 13 páginas por año y, por lo tanto, algo más de una página al mes, y si cada hoja tiene un poco más de 30 líneas, significa ello que ha traducido una línea diaria, y ello sin incluir la labor de varios colaboradores, nombrados por él en su “Prólogo”. Pero, naturalmente, estas consideraciones cuantitativas no conducen a nada, ya que el trabajo filosófico es como ir haciendo circunloquios, hasta madurar suficientemente la idea, en este caso, lo que se refiere al pensamiento heideggeriano ahí expuesto. A partir de ello se entiende también que haya habido versiones previas de la traducción (especialmente de la I Sección, muy consultada a lo largo de varios años).

Pienso que el gran mérito de la traducción de Rivera tiene que ver con lo fundamental: la adecuada comprensión del texto. Recién con esta traducción verdaderamente se abre *Ser y Tiempo* para el mundo hispano-parlante, y no solamente para el especialista, sino para un público culto mucho más amplio.

Ahora bien, ello no implica restarle los méritos propios que tiene la traducción de Gaos, en la cual tanto abundan los buenos aciertos, muchos de los cuales son conservados en la actual traducción (por ejemplo, el muy castizo “irnos el ser”, que “el ser nos va”), como los desaciertos, muchos de los cuales Rivera elimina de plano (como los “estados”: “estado de abierto”, “estado de yecto” y “estado de resuelto”, que no están en absoluto en alemán; en la nueva traducción ellos aparecen como “apertura”, “arrojamiento” y “resolución”).

Una traducción implica la posibilidad de que una obra se universalice y en cierto modo se immortalice. La filosofía y la cultura occidental se constituyen sobre la base de traducciones. Aparte de la traducción de la *Biblia*, pensemos en la traducción del *Corpus Platonicum*, de Marsilio Ficino (completada en 1469) y encargada por Cosimo de Medicis, quien se preocupara incluso de regalarle al filósofo una casa en Carregi, cerca de Florencia, para que se dedicara plenamente a esta esmerada labor.

Si no fuera por Ficino y su mecenas, probablemente no sería Platón quien es para nosotros.

Y lo que está en juego en una traducción es una particular tensión entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la letra. A partir de ello se entiende que los criterios son dispares: hay las traducciones al pie de la letra y aquellas de tipo hermenéutico. Entre estas últimas se cuenta la traducción que aquí comentamos. En ella se advierte paso a paso la interpretación rigurosa de cada palabra y cada giro. Rivera reconoce esto en el “Prólogo”, al sostener que “/.../ traducir es iluminar el texto original, aunque también sea verdadero que muchas veces la traducción queda muy por debajo del original: es lo que podríamos llamar, con Ortega y Gasset, la miseria y el esplendor de la traducción”. En este sentido, él opta por una traducción no literal (que, con precaución, podríamos llamar “libre”), y recuerda en el mismo lugar que Hans-Georg Gadamer le dijera: “Hay que tener la valentía para la traducción libre”. Hay en esto una decisión que, aunque es de énfasis, sin embargo, es radical: un desapego de la letra y un consiguiente apego ineludible al espíritu de la letra.

Por lo demás, el propio Heidegger es, sin duda, uno de los ejemplos más extremos de la historia de la traducción (desde la Escuela de Toledo hasta nuestros días), y así lo testimonian sus traducciones del griego ya en el propio *Ser y Tiempo*.

Más aún, a tal punto se cumple con Rivera que la traducción debe permitir comprender mejor el original, que él ha sido capaz de descubrir en su esmerado, acucioso y prolongado trabajo que el texto alemán, aun el de la ‘Gesamtausgabe’ (*Obras Completas*), contiene errores; y como si esto fuera poco, ha descubierto errores cometidos por el propio Heidegger, todos los cuales están debidamente señalados en sus “Notas”. Al mismo tiempo, especialmente tratándose de estos últimos casos, que, por suerte, no abundan, junto con recurrir al Manuscrito conservado en el Archivo de Marbach, él se ha preocupado de discutirlo con las principales autoridades en la materia: con el Editor General de la *Gesamtausgabe*, Friedrich-Wilhelm Von Herrmann (un hombre conocido por su minuciosidad), con Hans-Georg Gadamer, Max Müller, Ernst Tugendhat, François Férier y François Vezin, el traductor francés.

Entre los aspectos formales, otras interesantes novedades que contiene esta traducción corresponden a la numeración de las páginas de la edición alemana (lo que es de utilidad para los especialistas), y la inclusión de las “Notas” hechas por el propio Heidegger al ejemplar de *Ser y Tiempo*, que (según me contara personalmente von Herrmann), él tenía siempre el así llamado “Hüttenexemplar” en el velador de la cabaña de Todtnauberg.

Estamos pues ante una traducción verdaderamente excepcional.

Ahora bien, con la traducción de Gaos, de 1951, la segunda en el mundo, a costa de conservar distintas familias de palabras con la equivalencia de sus raíces (cura, curarse de..., procurar-por) se paga el alto precio de casi perder el castellano, como se advierte claramente en el ejemplo citado que corresponde a la traducción del término de uso corriente en alemán: la ‘Sorge’ y sus derivados; ella puede traducirse tanto como ‘preocupación’ como por ‘cuidado’. Justamente como ‘preocupación’ la tradujo Rivera en su Segunda Versión y como ‘cuidado’ en la que desde 1997

recibimos con alegría y agradecimiento; y los términos asociados a ella de la siguiente manera: ‘Besorgen’, ‘ocuparse de’; ‘Fürsorge’, ‘solicitud’.

Junto con reconocer Rivera que la traducción de Gaos es de “inegable mérito”, dice de ella que “el lenguaje siempre vivo y elocuente de Heidegger se convierte en una lengua rígida, hirsuta e incluso algo esotérica” y que la frase española se convierte “en un galimatías apenas comprensible”.

Con todo, la opción de Rivera también tiene su precio, cual es justamente la pérdida de las equivalencias de las raíces, justificada por el enriquecimiento del castellano o, al menos, la conservación de su riqueza.

Confieso que personalmente traduciría el conjunto de la ‘Sorge’ por ‘preocupación’, ‘ocuparse de’ (los entes), y ‘preocuparse por’ (los otros), pero Rivera califica la expresión ‘preocupación-por’ como otro de estos “términos hirsutos”. En fin, como se ve, nos enfrentamos en esto, como es de suponer, con cuestiones sumamente sutiles y muy difíciles de dirimir.

Una de esas cuestiones que se prestan para una larga discusión es la que se refiere a la problemática traducción de la expresión ‘Man’, que en principio podría traducirse tanto como ‘uno’, como también como ‘se’ (pensamos como se piensa, actuamos como se actúa, etc). Pues bien, este es un caso en que Rivera mantiene la traducción de Gaos como ‘uno’, aunque, desde luego, hay algunos pasajes en que hay que traducir como ‘se’, y es lo que hacen también ambos traductores.

Debo confesar aquí que, después de mucho cavilar, opto (o, más bien, vuelvo a optar) por la traducción de ‘Man’ como ‘uno’ (la persistencia de Rivera en esa traducción me ha abierto los ojos). Lo cierto es que recién después de mi Tesis de Licenciatura, dedicada precisamente al tema del “uno” en Heidegger, comencé a tener mis dudas acerca de esta traducción, pensando que el llamado “uno” tiene igual semánticamente cierta carga de un posible ser-propio, y el “se” no la tiene. Pensaba que muchas veces decimos, por ejemplo, que “tales cosas no se hacen” y que en una expresión así se alude siempre a un colectivo, mientras que si decimos lo mismo, pero usando el término “uno”, resulta levemente distinto: “uno no hace tales cosas”. Como digo, hay en ello un resabio de un ser-propio. Pero, el punto está en que precisamente esa ambigüedad está también en el alemán ‘Man’.

Si uno pretendiera persistir en el término ‘se’, enfrentado al giro heideggeriano del ‘Man-selbst’ (‘uno-mismo’), la traducción sucumbe y se vuelve inentendible, puesto que la alternativa ‘se-mismo’ no nos dice nada.

Más aún, la aludida ambigüedad del ‘uno’ no es únicamente de carácter semántico, sino que es una determinación de nuestro ser (Rivera: un ‘existencial’), y ello se advierte especialmente en su manifestación como ‘uno-mismo’: éste pretende justamente dar expresión a nuestro posible ser-sí-mismo propio y auténtico.

Por otra parte, de punta a cabo resalta en esta traducción que ella es siempre el resultado de un poderoso pensamiento que hay detrás (a más de los ejemplos ya citados, resalto la sugerente y acertada traducción original de Rivera de los términos ‘Durchschnittlichkeit’ por ‘medianía’ y ‘Unheimlichkeit’ por ‘desazón’).

En algunos casos particularmente intrincados, la traducción en cuestión tiene como consecuencia incluso la corrección de mal-comprensiones: es el caso de la traducción del más difícil de todos los términos: la ‘Bewandtnis’ que Gaos traduce como ‘conformidad’ y Rivera como ‘condición respectiva’ (en lo que parecen haber ciertas reminiscencias de Zubiri). Yo acotaría a ello únicamente que ya que Rivera eliminó los “estados” de Gaos, por qué no eliminar también estas “condiciones”; por lo tanto, ¿por qué no simplemente ‘respectividad’?

Igualmente se hace presente este “poderoso pensamiento” en el cambio de muchas expresiones con el verbo ‘ser’ por nuestro extraordinario y único ‘estar’ que tenemos en castellano: así ‘estar-en-el-mundo’ y ‘coestar’ por ‘ser-en-el mundo’ y ‘ser-con’ (los otros). Rivera dice al respecto: “el verbo estar expresa en castellano mucho mejor que el verbo ser el acto mismo de ser”. Y hay a su vez en este contexto un curioso ejemplo: el de la traducción de la expresión alemana ‘Vorhandensein’ por ‘estar-ahí’, que a diferencia de lo ‘Zuhandenes’, ‘lo que está a la mano’ (según nos hace ver nuestro traductor), “no hace más que estar ahí; es, si se quiere, ‘pura presencia’”, esto es, no nos compromete. Valga esto –a mi juicio– como otro gran acierto de esta espléndida traducción.

Sin embargo, hay algunos casos en los que discrepo: francamente prefiero la traducción de Gaos de ‘Befindlichkeit’ como ‘encontrarse’ y no la de Rivera como ‘disposición afectiva’, a pesar de que reconozco que ésta última es igualmente correcta. El ‘encontrarse’ (que antes el propio Rivera había traducido mejor como ‘temple’) es precisamente afectivo y anímico, así como lo es también nuestro ‘estar’ castellano (que es por ello otra alternativa de traducción).

Por último, me sumo al eco de los traductores que, según señala el profesor Rivera, han optado junto con él mismo por no traducir el famoso ‘Dasein’, que Gaos traduce tan artificialmente como ‘ser-ahí’, y que, entre otros motivos, no se puede traducir como ‘existencia’, porque Heidegger usa a su vez ‘Existenz’. Aún así, cabe señalar que este engendro del ‘ser-ahí’ no es tampoco del todo erróneo y ha contribuido con sus pro y sus contra a forjar una comprensión e influencia de Heidegger no poco significativa e interesante en nuestras latitudes iberoamericanas. Según dice a propósito de esto nuestro inestimable traductor y filósofo chileno, así como hay plena justificación en no traducir *logos*, *physis* o *polis*, así también la habría para el ‘Dasein’. Habiendo galicismos y anglicismos, he aquí pues una suerte de germanismo que quizás se imponga con el tiempo.

CRISTÓBAL HOLZAPFEL
Departamento de Filosofía
Universidad de Chile